

## DERIVAS DE CONTRA-TIEMPO

(miles de viviendas en fuga de la precariedad...)

**Vicente Escolar y Glòria Mèlich**

La guerra está en la prehistoria. El intento de recuperación de las movilizaciones contra la guerra del año pasado quería hacer protagonista de las mismas al "ciudadano"; y del conflicto expresado una cuestión ética y humanitaria. Pero, en la calle sucede otra cosa. Los invisibles dicen lo que dicen cuando gritan "no a la guerra", porque saben que en esta guerra les va la vida, su vida. Rompiendo la soledad a caceroles un espacio político nace a ras de suelo, y resuena en las azoteas. "Si otro mundo es imposible, y esta guerra es imparable, ¿cuál es tu guerra?" Impugnación de la guerra como una nueva forma de gestión del orden desde la normalidad. La guerra ha devenido una aceleración del capitalismo global que como Estado-Guerra se implanta en todas partes según gradientes de intensidad variable. En la prehistoria, liberamos espacios contra la guerra; así se abre un espacio político itinerante que pone el conflicto en su centro (poner en conflicto el orden que sostiene esta guerra, liberar espacios de titularidad pública en pleno centro de la ciudad de Barcelona). Maquiavélica desunión, espacio político retroalimentado por la crisis. En esta primera deriva a contra-tiempo se liberan espacios que se abren de nuevo bajo otra condición: se trata de poner el cuerpo y ocupar el espacio; se trata de decir que la guerra es guerra cotidiana mediante la acción directa, el boicot, la huelga general contra el trabajo permanente; se trata de encontrarte con todos los desunidos, de hacerlo en una asamblea, con una alianza de amigos que crece desde el centro mismo del espacio que abre. Rotas las fronteras del aislamiento, la ciudad es remapeada. En ella todos los gestos proliferan, la aproximación de los cuerpos insoportables que se reapropian de la calle multiplica geométricamente cada acción colectiva, todo resuena en la calle, caceroles que rompen el silencio. Pero, el calendario del poder es imparable, y las movilizaciones se deshacen al estallar la guerra que impugnaban.

El espacio se cierra y el silencio del hilo musical de los centros comerciales aplanan de nuevo la ciudad. La precariedad se refugia otra vez incómodamente detrás de los visillos de ese espacio solo del miedo de cada uno. La guerra se reinscribe en cada vida partida por su hipoteca y su silencio. La apuesta que sigue a tal desmovilización es la siguiente: construirle, ladrillo sobre ladrillo, de forma precaria, una casa a ese espacio político. Hacer como si aun oyéramos los ecos de ese malestar de los vecinos de esta ciudad. Construir una asamblea permanente contra esta guerra global. Una asamblea de vecinos que se niega a sostener el precio insostenible de la vida, vecinos que curvan el cuerpo aplanado del ciudadano y que se camuflan en el momento mismo en que se visibilizan. Vecinos que afirman desde sus cuerpos cuál es la vida que no soportan vivir. En el centro mismo del malestar cotidiano le dan la vuelta al calcetín de su miedo y lo arrojan hacia afuera en forma de grito de guerra, en una

fuga de la precariedad. En los repliegues convexos y llenos de púas del espacio del capital mafia de la ciudad de Barcelona, construimos una casa sin hipoteca que niegue los tiempos de la excepcionalidad externa y se dé su propio ritmo, constante, permanente, un bajo continuo hecho de cotidianidad liberada. Este espacio precario, hecho desde una apuesta de los que tienen más miedo y por eso también menos miedo se abre como un estado de excepción permanente.

La asamblea de las miles de viviendas nace de esta segunda deriva, deriva que en un desplazamiento acelerado se convierte en máquina de guerra. Se trata de la guerra cotidiana que este mundo sostiene contra nuestras vidas; se trata de poner el cuerpo en disposición de experimentos cruciales; se trata de hacerlo con una asamblea, con los amigos. El espacio político antes deslocalizado en deriva por el centro de la ciudad ahora se reconcentra en un espacio imposible. Las miles de viviendas ocupamos el espacio y nos damos un barco pirata de diez pisos de alto: en un mar de incertidumbre -hecho de arena, vasto desierto de oasis fortificados- no queremos salvar la incertidumbre, sino ahondarla, exacerbarla. Hacemos de la asamblea de las miles de viviendas una máquina de guerra en fuga de la precariedad. Miles de viviendas es una suma de singularidades, una aproximación de milésimas hacia el entero y contra el entero, un dispositivo de fuerzas, una alianza de prácticas, discursos y vectores diversos... *miles de prácticas piratas barren metrópolis oceánicas.*

Máquina de guerra en relación al espacio: "okupa el espacio sin medirlo". Y más que eso: pone el espacio en el centro del conflicto, y el conflicto en el centro de nuestra vida... Si la precariedad es una frontera que parte por la mitad nuestra vida: nos obliga a gastarla para poder alcanzarla ("En el futuro mi casa será mía, pero yo ya no existiré"), nosotros, las miles de viviendas, constituimos una máquina de guerra embarcada en una dinámica de *prácticas de fuga de la precariedad* (okupar, yomangar, reciclar, etc... y trabajar lo menos posible). La fuga de la precariedad no escapa, no se pone aparte, no busca un afuera. No pretende horadar la realidad en busca de playas o paraísos: porque no confunde ética y política, por tanto no piensa en habitar una tierra más pura; y, sobretodo, porque se presenta como un vecino en la metrópoli. Dando un paso atrás nos atrincheramos en la vida y desde allí ocupamos el espacio, legitimando, "vulgarizando", prácticas de reapropiación directa de la riqueza en pleno centro de la realidad capturada. La fuga de la precariedad habla de unas prácticas y discursos que ponen en conflicto este orden que precariza nuestra vida. Se niega a sostener una situación insostenible: el precio de la vida es insostenible, y nos negamos a asumirlo por más tiempo.

La tercera deriva a contra-tiempo consiste en la reapertura de un espacio político a ras de suelo, sobre la metrópoli entera, maquiavélica desunión de nuevo: mayday 2004, euromayday. En rebelión contra la precarización de la vida toda (precariedad económica, precariedad afectiva, precariedad social), nos

regalamos un acontecimiento colectivo, un momento de agregación, con un reto importante: convertir el acontecimiento en una palanca que abra de nuevo un espacio político en la ciudad. En una ciudad que instala y reinstala su propia marca a golpe de grandes acontecimientos convocantes, una marca que es directamente política de guerra (fiesta del control/paz, precariedad/sostenibilidad, fronteras/diversidad), nos negamos a acudir a la cita, anulamos la excepcionalidad de su evento, y apostamos por convertir nuestra fiesta precaria en un momento de encuentro de las vidas

cotidianas en estado de excepción. Los ciudadanos desaparecen cuando aparecen los precarios, máscara de guerra que saca a la calle a los que nadie ha convocado, efecto directo de esa marca con la que nos negamos a tratar. A ras del suelo de esta ciudad convexa, montados en la curva de nuestra propia aceleración reabrimos un espacio político incierto que pone en el centro la frontera que atraviesa nuestras vidas. Nos enfrentamos a máquinas gigantescas, y a dispositivos que no conocen medida...